

También Zorrilla estuvo por Inglaterra

JOSÉ RAMÓN FERNÁNDEZ SUÁREZ

Universidad de Valladolid

Al acercarse el primer centenario (1893-1993) de la muerte del poeta vallisoletano José Zorrilla he creído de interés ofrecer a nuestros lectores un comentario sobre las dos visitas que Zorrilla realizó a la «sultana del Támesis» y recoger las impresiones que nos dejó sobre muchos aspectos de la vida de los ingleses.

En una noche de noviembre de 1853 tenemos al poeta romántico José Zorrilla hospedado en una fonda de Londres, dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Eran muchas las preocupaciones que tenía en la cabeza y le impedían encontrar la postura.

Ya al amanecer un criado de la casa llamó a la puerta de su habitación anunciándole la visita de un español. Apenas tuvo tiempo Zorrilla de incorporarse ya que el visitante entró inmediatamente detrás del empleado...

Zorrilla se había desplazado de España a París por motivos económicos. Tenía problemas con los editores de sus obras. Uno de éstos era Ignacio Boix, residente en París. Su negocio dio en quiebra *porque tenía un flaco, las mujeres*, según la explicación del propio Zorrilla¹, sin que el autor pudiera cobrar los cheques a su favor. Pero resultaba que I. Boix tenía cuentas y créditos con otro hombre de negocios, español, carlista, casado en Londres con una millonaria, y

Crédulo yo y mal aconsejado, pasé el Estrecho y llegué a Londres con esperanza de negociar mi crédito con aquel personaje; estaba en baños –no volvería al menos en tres meses–. Fiado en otro amigo que yo tenía en Londres, hice mi viaje con el dinero preciso de ida y vuelta; pero la indecisión me entretuvo en Londres unos días; y al fin, me encontré en medio de aquella Babilonia sin medios para volver a París².

Pero no había cruzado el canal sólo por motivos económicos... Le condujeron también los amorosos. Zorrilla, separado ya de su esposa Matilde O'Reilly, tenía otro amor: una adolescente, Leila, de padres españoles, en excelente posición social, que residían en París. El la había conocido en un reparto de premios en el Colegio del Sagrado Corazón. Ella parecía aceptar la adoración del poeta. No así sus padres que, para evitar el acoso del

1. J. ZORRILLA, «*Recuerdos del tiempo viejo*» en *Obras Completas*, O.C., Ordenación, Prólogo y Notas de N. Alonso Cortés, Ed. Santarén, Valladolid 1943, Tomo II, pág. 2021.

2. Idem, *Ibid.*

pretendiente, la hacían viajar por Bélgica e Inglaterra. Este se enteró de que entonces estaba al otro lado del Canal, y según cuenta su biógrafo,

«En Londres, para estar más cerca de ella, se ocultó en un hotel, hasta que por la embajada se puso en evidencia su estancia en la capital británica»³.

La situación era muy crítica pues Zorrilla conocía el rigor de la ley inglesa, la cual, en sus propias palabras, *consideraba al extranjero como un perro*, y quien en Londres no tuviera dinero y se declarara insolvente era llevado a la cárcel por deudas (recordemos el caso del padre de Dickens) o no tenía otra salida que arrojarse al Támesis,

Ya comenzaba yo a pensar en el Támesis cuando una mañana muy temprano, estando aún en la cama, el criado me anunció la visita de un español que deseaba verme; pedí su nombre y me dio el de Ramón Losada, que entró casi detrás del criado en mi habitación⁴.

Ramón (¿José?) Losada había nacido en el pueblo leonés de Iruela (1797). Era un militar de tendencia liberal y se vio envuelto en los sucesos políticos de 1823 y acusado de conspirar contra el absolutismo de Fernando VII. Fue perseguido por el jefe de la policía de Madrid, que no era otro que Don José Zorrilla Caballero, padre de nuestro poeta. Pero Losada había logrado burlar el cerco policial y había conseguido fugarse a Francia... y luego a Inglaterra (1824).

Zorrilla, hijo, nos relata estos hechos tan interesantes. Su padre tenía, por lo visto, aventuras extramatrimoniales y de vez en cuando iba a visitar a una señora que vivía cerca de un beaterio. Acudía disfrazado de clérigo. Una noche, estando ya en la casa de la dama, entraron cinco enmascarados, le sujetaron, y uno de ellos le presentó un documento obligándole: «Tenga V.E. la bondad de firmar este pasaporte y este permiso para que pueda salir de España una persona que no tiene el gusto de estar en ella». El jefe de la policía firmó. Y mientras unos se quedaban reteniéndole toda la noche, Ramón Losada, a favor del cual se extendía el visado de salida, corría a uña de caballo hacia la frontera⁵.

Se instaló en Londres como mozo de limpieza en un taller de relojería. Dada su edad y su capacidad para la cronometría fue ascendiendo puestos. Al morir el propietario del negocio se quedó él encargado del mismo. Se casó con la viuda, la dueña, y, con gran visión comercial logró crear todo un imperio de relojería. Su establecimiento estaba en la *Regent Street* N° 105 (ó 181, según Zorrilla). La fama de sus relojes se extendió pronto por Europa e Hispanoamérica. Los relojes de la firma rival, los *French*, no podían competir con los suyos.

En una de sus visitas a España regaló a Madrid el famoso y popular reloj de la Puerta del Sol, inaugurado el 6 de diciembre de 1866⁶.

3. N. ALONSO CORTÉS, *Zorrilla: su vida y sus obras*, Ed. Santarén, Valladolid 1943, 2ª ed., pág. 522. Leila era Emilia Serrano de la cual se dan más referencias en la pág. 1072 de esta misma obra.

4. J. ZORRILLA, *Recuerdos del tiempo viejo*, O.C., Tomo II, pág. 2021.

5. J. ZORRILLA, *Ibid.*, págs. 2018-2019.

6. L. ALONSO LUENGO, *El reloj de la Puerta del Sol: Vida y Genio de su constructor Losada*. Conserjería de Cultura de la Comunidad de Madrid, 1990. Capítulos III, IV, V, y XIV. Una presentación de esta biografía se puede encontrar en *ABC* (21-12-1990): «El reloj de Losada» por L. López Sancho.

Losada en Londres se hizo también famoso como emigrado político. Participaba destacadamente en la tertulia de los exiliados españoles (llamada *Tertulia de Habla Española*) de la que eran socios activos, entre otros, Ramón Cabrera («el león del Maestrazgo»), y el cigarrero («tabacconist») Carreras que hizo fortuna inventando o introduciendo en Londres el cigarrillo de papel, moda que llevó de Sevilla donde había visto a los mendigos recoger las colillas y fumar el tabaco envuelto en trozos de papel⁷.

Este Losada es quien fue a visitar al poeta vallisoletano en su fonda de Londres, después de aquella noche en blanco. Losada se enteró de la situación angustiada por la que pasaba Zorrilla y se creyó en la obligación de satisfacer en el hijo la encerrona con la que se había burlado de su padre. Intentó entregarle 500 libras, pero Zorrilla, por arrogancia romántica, las rechazó protestando que él no quería saber nada referente a su padre (de hecho no había vuelto a entrar en su casa hasta después de muerto). El visitante hizo entonces ademán de marcharse dejándole una tarjeta suya. Pero de repente a Zorrilla se le ocurrió una idea: guardaba como recuerdo de su madre un reloj magnífico, de la firma *French*, y pensó en dejárselo a Losada como garantía a cambio de un préstamo de 12 libras. Losada se sintió herido en su honorabilidad y salió corriendo a averiguar en la casa *French* (cerca de la catedral de San Pablo) el valor exacto del reloj. Estaba tasado en 30.000 reales. Losada se lo quedó en depósito dejando sobre la mesita un puñado de billetes que sumaban 35.000 reales. Luego le invitó a almorzar ... *Y fuimos desde entonces amigos, concluye Zorrilla*⁸.

Así es como, veintitrés años después, reparaba Losada, sacando de apuros al hijo, la pesada broma que había jugado al padre.

El poeta escribirá años más tarde una leyenda que titulará *Una repetición de Losada*, dedicada a su amigo, y de la que hablaremos en la tercera parte.

II

Zorrilla dejó, pues, de pensar en el Támesis y pudo, diciembre de 1853, regresar a París. Aquí gestionó la edición del tercer tomo de *Granada* y pronto empezó a pensar en el viaje a Méjico. Se lo aconsejaban sus más íntimos amigos. La verdad es que él se encontraba casi desesperado por las situaciones que le creaba su ex-mujer y ... por otros lances amorosos:

El 28 (noviembre de 1854) por la noche me despedía en la estación de ferro-carril una mujer en cuyos brazos dormía un ser inocente nacido en el pecado, por quien debía yo vivir, trabajar y volver de América rico. A las dos de la mañana me embarqué en Boulogne en uno de esos viejos cascarones que hacían entonces la travesía del Canal de la Mancha, y a las ocho me alojé en Londres en un modesto hotel no lejos de Charing Crosse⁹.

7. Sobre los españoles liberales emigrados a Londres hay una abundante bibliografía. Baste citar a V. LLORENS, *Liberales y Románticos: Una emigración española en Inglaterra (1823-1834)*. Ed. Castalia, Valencia 1979, 3ª ed. En la pág. 61, nota 62, se habla de Ramón Losada.

8. J. ZORRILLA, *Recuerdos del tiempo viejo*, O.C., Tomo I, pág. 2220, nota 3, Tomo II, págs. 2021-2023.

9. J. ZORRILLA, *Ibid.*, Tomo II, pág. 1882. Resulta un enigma para los biógrafos de Zorrilla averiguar quién era esa mujer con la criatura en brazos. Quizá fuera Leila de la que ya hemos hablado. Cf. N. ALONSO CORTÉS, *op. cit.*, págs. 523-524.

Iba a ser, pues, un viaje a Méjico vía Londres. El pensaba detenerse en esta capital el tiempo imprescindible para trasladarse al puerto de Southampton y embarcar en el *Paraná*. Lo cierto es que él no disimulaba la irritación que le causaba Londres:

Londres es para mí la ciudad más antipática del universo, y los ingleses de Londres los más antipáticos individuos de la raza humana. El inglés de Londres cree que para ser algo en el mundo, y para salvarse después de la muerte, lo primero que se necesita es haber nacido inglés y en Londres, y que el resto de la tierra no es más que el patio y las ballerizas de Inglaterra.

Y ahora le viene a la memoria una frase de su padre, que es todo un manifiesto de política internacional:

Mi padre me decía pocos años antes de morir en Torquemada:
«Desengáñate, hijo; mientras el mar no se trague la isla de la Gran Bretaña no habrá paz en ninguna parte».

Y por eso concluye el hijo:

Y sea por la mala idea que de ellos me hizo concebir mi padre antes de que yo los viera en su país, o sea porque yo lo he visto siempre a través de Gibraltar, pasé por Londres sin detenerme más que a tomar mi pasaje de primera cámara en el *Paraná* y continué mi viaje a Southampton, de cuyo puerto debía zarpar¹⁰.

Pero el *Paraná* tardaba en anclar en Southampton. Lo había requisado el gobierno para transportar soldados a Crimea (guerra de Crimea, 1853) y la salida se iba a demorar indefinidamente, pero los pasajeros:

Mal de muchos... y nos juntamos y comenzamos a vivir juntos, y a comentar nuestra situación expectante, animándonos el uno al otro a esperar, renegando de Inglaterra, el momento de salir de su territorio modelo¹¹.

Mientras entretenían la espera Zorrilla tuvo tiempo para escribir alguna carta. Con fecha 6 de diciembre (1854) una a su amigo y condiscípulo Segundo Valpuerta, clérigo en Lerma, en la que, de paso, expresaba su opinión sobre Inglaterra:

Londres, día 6. Mi querido Segundo: hace tiempo que escribí una doble carta... ¿Cómo te va? ¿Cómo te envidio esa vida patriarcal y serena, y esa calma tan diferente del tumulto de estos malditos pueblos de vapor y de revoluciones! ¡Ojalá pudiera yo acompañarte en ese retiro incomparablemente más feliz que este teatro de farsas y tragedias! Si algún día nos vemos, te asombrarás. Haces bien en estar ahí. No te enfangues nunca en estos pecinales de por acá donde sólo se habla de civilización, de beneficencia, de libertad y de luces, y en donde no hay más que salvajes, bandidos, esclavos y tinieblas. ¡Qué remedio ya! No hay que pensar en volverse atrás. Lanzados una vez en el torbellino, no hay que dejarse arrebatar.

10. J. ZORRILLA, *Recuerdos...*, O.C., Tomo II, pág. 1882.

11. Idem, *Ibid.*

Adiós, mi querido Segundo, ruega a Dios por tu amigo, ahí que tenéis Dios todavía, porque por acá parece que no le conocen mucho, y mándale como quieras.
Pepe¹².

A punto ya de embarcar recibió la visita de su amigo Losada que venía a darle el último adiós. Le traía unas cajetillas de cigarrillos y puros habanos para distraer el aburrimiento de la travesía y ...*cuatro billetes de 25 libras esterlinas* para que pudiera hacer frente a las primeras necesidades al desembarcar...¹³.

Por fin, zarparon el 8 de diciembre de 1854, a medio día.

La primera noche en el barco resultó muy triste... Se acordó de su casa natal, de la iglesia de San Martín en Valladolid...

Como el capitán, Lees, y la mayoría de la tripulación eran ingleses tuvo ocasión de formarse sus propias opiniones:

Los ingleses son los hombres más formales y más formalistas del mundo, y los mejores marinos que navegan por todos los mares conocidos; un buque inglés funciona con la misma precisión que un reloj de *French*, y un capitán de la marina inglesa va en su buque sobre las aguas como el difunto Neptuno en su carro tirado de tritones y escoltado por delfines...

Con todo, también tenía sus reservas sobre el particular y, como avisando al lector, añadía:

Pero cobra buena fama y en todas partes cuecen habas¹⁴.

De la comida a bordo informaba a su amigo J. M. Torres-Caicedo en carta del 23 de diciembre:

Algunos de mis compañeros de viaje, acaso muy melindrosos o todavía no bien civilizados y hechos a la sencilla, saludable y nutritiva cocina inglesa, murmuraban de los sendos tajados de carne y de los macizos pudines que a la mesa nos han servido; pero además de que bien puede ser animosidad nacional, pues los que no lo hallan de su gusto no son ingleses, yo tengo para mí que no tienen gran fundamento para semejantes plañidos, pues los dichos tajados y pudines han estado siempre mucho más tiernos...¹⁵.

Con cinco días de retraso llegaron a la isla de Santo Tomás y allí se encontraron con la desagradable sorpresa de que el barco que debía trasbordar con destino a La Habana y Veracruz ya había partido sin esperar a los pasajeros y al correo del *Paraná*:

Pero aquí de la formalidad inglesa. El buque de la compañía no estaba ya en aquella isla, y el cónsul inglés nos anunció con la mayor formalidad que para continuar nuestro viaje a La Habana y a Veracruz, tendríamos que esperar allí al buque del mes de enero¹⁶.

12. N. ALONSO CORTÉS, *op. cit.*, págs. 526-527.

13. J. ZORRILLA, *Ibid.*, Tomo II, pág. 1883.

14. Idem, *Ibid.*, págs. 1884-1885.

15. J. ZORRILLA, *La Flor de los recuerdos. Correspondencia*, O.C., Tomo I, pág. 1444.

16. J. ZORRILLA, *Recuerdos...*, O.C., Tomo II, pág. 1886.

Hubo un conato de rebelión a bordo: protestas, discusiones... para pedir una explicación de por qué el trasbordador no les había esperado y se había marchado de vacío. Se acudió a los cónsules inglés, francés y español para que ofrecieran una solución:

¡Oh! –dijo el inglés, con la más inglesa e imperturbable formalidad–. Ustedes debieron llegar aquí el 16 y él salir el 18. El fue a decir que ustedes no habían llegado... Y he aquí la formalidad formalista del inglés¹⁷.

No carece de gracia el diálogo que Zorrilla mantuvo con el agente inglés, tal como se lo cuenta a su amigo Torres-Caicedo:

Los poetas no solemos ser muy fuertes en lógica, pero había aquí un argumento que saltaba a los ojos y que no pude menos de hacer al agente inglés, preguntándole:

–¿Para qué se estacionan cada mes en Santo Tomás dos buques correos?

–Para recibir y conducir a las Américas los pasajeros y la correspondencia de Europa – me respondió el inglés–.

–Entonces, ¿qué es lo que va a hacer a La Habana sin una ni otros el buque que de aquí salió el 20?

–A cumplir con su obligación de partir de aquí y arribar allá exactamente en los días marcados. Caballero, la compañía no debe, según el contrato, alterar el servicio de correos por ningún motivo.

–Yo creía que el servicio a que la compañía estaba obligada era la conducción de la correspondencia.

¿Qué hace, pues, en La Habana, vuelvo a preguntar, el capitán del buque que partió de aquí sin ella el 20?

–Dar parte de que a su salida de aquí no había llegado el buque de Europa, y probar su exactitud y la mía. Y basta ya de preguntas, caballero; no es a usted a quien tengo yo que dar explicaciones.

Y el inglés me volvió la espalda¹⁸.

Gracias a los buenos oficios del cónsul español que

Recibíónos con la cortesía noble pero franca, característica de los españoles, exenta de la gravedad erguida y ceremoniosa de los ingleses y de la afectación exagerada de los franceses¹⁹,

se solucionó el problema: tomando rumbo a Jamaica en el mismo *Paraná*.

Por fin, el 7 de enero de 1855 pudieron trasbordar al *White* dirigiéndose a La Habana con el mismo capitán pero con tripulación renovada:

El capitán Lees, una especie de Antinóo rubio, joven, vigoroso y de la buena raza de Albión, había formado su tripulación como la del *Paraná*, reclutando en Jamaica la heterogénea chusma que allí había podido encontrar. Su autoridad a bordo estaba apoyada, más que en su nombramiento y en su derecho, en sus poderosos brazos y en los de ocho ingleses que con él habían pasado del *Paraná* al *White*, y que, como él, tenían siempre el puñal y el revólver a la cintura...

17. Idem, *Ibid.* pág. 1887.

18. J. ZORRILLA, *La Flor de los recuerdos...*, O.C., Tomo I, págs. 1446-1447.

19. Idem, *Ibid.*, pág. 1449.

La máquina del *White* funcionaba tan torpemente como la del *Paraná*, porque la colocación de ambas se había hecho con la precipitación exigida por la exactitud de la obediencia inglesa: «salga usted de Southampton el 9. Salga usted de Jamaica el 7». Y el *Paraná* y el *White* salieron de uno y otro punto el día en que la Compañía les mandó salir; pero salieron como se hallaban el 9 y el 7; la orden era de partir; el espíritu de la orden, que debía ser hacer con seguridad el viaje, no entraba para nada en la cuestión; en inglés, salir, no quiere decir más que salir, y salimos a la mar, y llegamos a Cuba y a Méjico como Dios quiso; un capitán inglés no puede hacer más que hundirse con su buque y ahogarse con sus tripulantes²⁰.

Después de una escala en La Habana continuaron hacia Méjico. En esta última travesía hubo momentos de cierta tensión por causa de unas coplas irónicas que había compuesto Zorrilla contra los mandos. Le retaron a un duelo pero él no aceptó por la sencilla razón de que el tal duelo no era otra cosa que un combate de boxeo, y Zorrilla mandó este recado:

Diga usted a nuestros compañeros de navegación que mi educación y mi debilidad corporal no me permiten romperme a puñetazos el esternón, como esas bestias perversas de la Gran Bretaña²¹.

A lo que sí estaba dispuesto era a, nada más desembarcar, mantener un duelo, pero con toda la ceremonia: armas, padrinos... etc.

También hubo cierta tirantez entre la tripulación debido a los roces e incomodidades propias de la vida a bordo. El capitán Lees para calmar los ánimos les dio permiso para organizar unos combates de boxeo que no gustaron nada a nuestro poeta:

El capitán Lees tenía ya que dar permiso para boxar a algunas parejas de su tripulación, cuyos individuos blancos y negros, ingleses y yankees, podían apenas soportarse unos a otros; quienes, según la bárbara costumbre de sus países, se satisfacían saltándose un ojo o rompiéndose una costilla, con lo cual creían establecida la superioridad de raza y satisfecho el orgullo nacional²².

Finalmente, el 9 de enero de 1855 desembarcó Zorrilla en Veracruz.

III

Zorrilla escribió, por entregas, en La Habana (1859), un poema narrativo titulado *Una repetición de Losada*. Lo titulaba «un cuento fantástico». El argumento se sitúa y se desarrolla en Londres. Consta de seis capítulos y una conclusión. N. Alonso Cortés lo califica... «el cuento no es una obra maestra, ni mucho menos. Domina en él un lamentable prosaísmo...»²³. Nosotros ni entramos ni salimos en esta valoración ya que a nosotros lo que nos interesa es conocer las opiniones e impresiones personales de Zorrilla.

20. J. ZORRILLA, *Recuerdos...*, O.C., Tomo II, pág. 1889.

21. Idem, *Ibid.*, págs. 1892-1893.

22. Idem, *Ibid.*, pág. 1893.

23. N. ALONSO CORTÉS, *op. cit.*, pág. 586.

En el cap. I nos presenta a una joven cubana, llamada Luz, hermosa, rica y de distinguida familia; y a un joven galán español, Luis Altamirano, que se encontraba en La Habana en misión diplomática enviado por la reina Isabel II. Luis y Luz se enamoraron y a los pocos meses se unieron en matrimonio. Pronto tuvieron que trasladarse a Londres en misión oficial. Luis Altamirano ya había estado en la capital británica y era buen amigo de Losada. Este obsequió a Luz con un reloj que era una *repetición* (dotado de un mecanismo que daba las horas siempre que se activara un resorte o muelle) en cuyo interior había un pequeño espacio reservado para colocar un retrato de la dama y grabada la fecha en que se hacía el regalo. Pero el matrimonio tuvo que partir enseguida hacia París.

En el cap. II del poema el autor nos introduce a Losada: su fama de relojero, su taller en la calle Regente N° 181. Destaca su generosidad para con los pobres y los españoles liberales exiliados en Londres:

Ni pobre ni desdichado
llegó jamás a su puerta
a quien no le fuera abierta
de su corazón a par;
establecido entre ingleses,
jamás de española tierra
llegó ninguno a Inglaterra
que de él se pueda quejar²⁴.

El poeta aprovecha la ocasión para describir el clima de Londres:

Era una hermosa mañana
de abril; en Londres no hay muchas
que lo sean: la sultana
del Támesis no es a fe
rica en luz ni en alegría,
ni el sol en ella es diario;
pero alguno que otro día
suele venir, y se ve.

Y los ingleses no querían perderse aquel día de sol y salieron a pasear como cronómetros a los que se da cuerda:

Este era *uno* de esos pocos,
y por caso este *uno* era
un día de primavera
en que hacía en Londres sol:
lo cual sacaba a las calles
a los zancudos britanos,

24. J. ZORRILLA, *Una repetición de Losada*, O.C., Tomo I, pág. 1559. Un comentario sobre *Una repetición de Losada* y su argumento pueden encontrarse en los capítulos VI, VII, VIII y IX del libro de L. ALONSO LUENGO, citado en la nota 6.

como a sus primos hermanos
la hormiga y el caracol.

El desde su gabinete,
veía el tropel confuso
de seres a quienes puso
en movimiento el calor
lo mismo que a sus cronómetros
la cuerda que movimiento
les infunde: pensamiento
que hace a Londres poco honor.

Zorrilla nos informa a continuación que cierto día recibió Losada una carta de Luis Altamirano desde París en la que le contaba que su esposa Luz estaba enferma de cuidado y que los doctores le aconsejaban volverse a tierras americanas... Y como pensaba detenerse algún tiempo en Londres, rogaba a Losada que le buscara una casita tranquila y con buenas condiciones para la salud.

Losada se entristeció al leer la noticia de la enfermedad de Luz e inmediatamente, como cuenta el narrador en el cap. III, encontró y alquiló una casita aislada y pintoresca. Además, buscó un médico famoso, el Dr. Lees, para que atendiera a la enferma nada más llegar a Londres:

era una elegantísima morada
de esas que nada más tienen en la tierra
la capital soberbia de Inglaterra.
Su pórtico, italiana columnata...
...los dormitorios
el baño, el tocador, el gabinete
de labor de las damas, el bufete
de trabajo del dueño, están arriba;
la existencia social ocupa el centro,
y según es de Londres la costumbre
(y es la costumbre que mejor encuentro)
bajo de todo y de la casa dentro
los oficios, hogar y servidumbre...
Todo es allí comodidad, limpieza
y orden; nada hay de más, nada de menos,
nada sin un objeto en cada pieza;
...allí anuncia todo la riqueza
y el *confort* de la inglesa aristocracia.

Y luego compara al inglés con el español para deducir que aquél es más trabajador:

Y lo que Dios no le otorgó, lo adquiere,
y lo que el suelo no le da, lo crea,
y de comodidades se rodea:
y como él se procura cuanto quiere
y a sí mismo se da cuanto desea,

cómo vive y satisfecho muere;
y así es hombre el inglés de tal estofa
que más merece aplauso que no mofa²⁵.

Luis Altamirano y su esposa, tan delicada de salud, llegaron a la casita en un faetón, como correspondía en aquella época victoriana, y fueron recibidos por la servidumbre:

A la derecha de la casa...
se eleva independiente la cochera
con su cuadra y establo, a cuya entrada
un jockey irlandés y un africano
negro, a su vez, esperan la llegada
de quien viene, las gorras en la mano,
con aquella paciencia y aire grave
en que tranquilo mantenerse sabe
cual ningún otro el servidor britano...
Y un minuto tal vez no pasó entero,
cuando vio que solfícito el portero
abrió de par en par el enverjado,
y un abrigado faetón de viaje,
por seis caballos húngaros tirado
y atestado de senos de equipaje,
entró por el sendero enarenado...

El Dr. Lees reconoció inmediatamente a Luz y diagnosticó que estaba enferma de muerte... A los pocos meses una corriente de aire frío terminó con su vida.

Ante este hecho Losada entró en una fase de depresión. Se volvió taciturno y se encerró en su taller. Pero la sociedad puritana de Londres murmuraba y cotilleaba sobre este cambio de comportamiento del famoso relojero...

Así por lo que el vulgo a hablar comienza,
la sociedad tomándolo a vergüenza
de Losada a hablar mal va comenzando.
Se comienza a decir que una habanera
hermosa y mal casada
por él a su marido fue robada...

Pero la reacción de Altamirano ante la muerte de su esposa fue más trágica: se volvió loco, y tuvieron que internarle en el famoso manicomio londinense de Bedlam. Zorrilla lo encuentra, ciertamente no como un almacén de locos sino como un sanatorio donde los enfermos se recuperan con tratamientos que hoy consideramos modernos:

Las casas de dementes de Inglaterra
no ofrecen espectáculos de duelo,
de tormento y horror no son mansiones,
nada en ellas repugna, nada aterra:

25. J. ZORRILLA, *Una repetición...*, O.C., Tomo I, págs. 1562-1563.

castigo no se da sino consuelo
 al infeliz que cae en sus regiones.
 Bedlam es un magnífico paseo,
 cuyas verdes y añosas alamedas
 conducen a una quinta de recreo
 cercada de jardines y arboledas.
 Al que encierran allí falto de juicio,
 en lugar de querérsele a porrazos
 volver y a latigazos,
 le inclinan la atención hacia un oficio:
 y en vez de dominarle por un pánico
 terror, van con destreza y artificio
 obligándole a entrar en ejercicio
 de algún trabajo corporal, mecánico,
 de su cuerpo y su alma en beneficio.
 Después que le acostumbran y habilitan
 siempre en acción para tener las manos,
 la memoria y las fuerzas le ejercitan:
 le dan buen aire y alimentos sanos,
 sus manías le tuercen o le quitan
 con paciencia y constancia, y poco a poco
 de la razón la vuelta facilitan
 ideas dando a su cerebro loco.
 Y aciertan los ingleses: nada tiene
 al hombre, cuerdo o loco, más contento
 que tener ocupado el pensamiento.

Hasta tienen formada una orquesta:

Bedlam tiene de locos una orquesta
 que en fiestas y saraos públicos táñe...

Losada, repuesto al fin, invitó un día al Dr. Lees a comer:

El día aquel, para las cuatro en punto,
 había el doctor Lees sido invitado
 a comer: como inglés, por decontado
 que la puntualidad era un asunto
 de honor para John Lees; cuando faltaba
 un minuto no más para las cuatro,
 John Lees el picaporte levantaba...
 Pulcritud, buen jerez, salmón de Escocia,
 buen roastbeef, pan francés, marisco vario,
 café, azúcar y puros de La Habana,
 decoro inglés, franqueza castellana,
 esto fue lo que hubo en la comida,
 que es lo que da Losada a quien convida...

Durante la comida Losada le comunicó que, aprovechando su retiro, había construido una máquina misteriosa. Lees adivinó que se trataba de un reloj. Era una filigrana de marfil en forma de catedral gótica. Dentro del rosetón de la misma se hallaba embutida la *repetición* que Losada había regalado a Luz... Al dar las siete se oía resonar dentro de la catedral un órgano con las notas del salmo *De profundis* y luego un gemido... el gemido que había lanzado Luz al expirar. Losada quería presentar esta pieza, por sorpresa, a Luis Altamirano con la sana intención de que, al verla funcionar, se provocara en él un shock que le hiciera recobrar el juicio... Pero el efecto fue muy contrario de lo esperado. Luis, que sospechaba de la culpabilidad de Losada en la muerte de Luz, lanzó la caja contra él, y

Cayó hacia tras Losada: y con la frente
bañada de sudor, abrió los ojos,
miró en redor... y se encontró en su lecho....

Y Zorrilla, en memoria de Losada,
la leyenda escribió por él soñada²⁶.

26. Idem, *Ibid.*, págs. 1566-1570; 1577; 1582; 1583-1584; 1597; 1602-1604.